

Andrés Avelino Cáceres y la Campaña de la Breña

Lourdes Rosario Medina Montoya

EL MARISCAL Andrés Avelino Cáceres, es tal vez la figura militar más admirada en las Fuerzas Armadas peruanas. Entre otras razones por su dimensión de soldado y conductor militar. Dicen, los que lo conocieron y combatieron a su lado o bajo sus órdenes, que como todo hombre de guerra poseía ese don natural que guía y acompaña a todo gran líder, era organizador, estratega, táctico y guerrillero. La legendaria vida de Cáceres esta llena de acontecimientos importantes, todos vinculados a la tradición histórica de nuestra nación, pero es la dimensión de su férrea y avasalladora voluntad, demostrada en la guerra que Perú enfrentó con Chile entre 1879 y 1884, y en la posterior reconstrucción nacional, la que con justicia lo inscribe en las páginas de la historia peruana.

Si bien su actuación fue destacada a lo largo de toda su carrera militar y forjó una impecable foja de servicios, fue durante la Campaña de la Breña donde se consagró como conductor. La “Breña” es la resistencia que, entre 1881 y 1883, protagonizó el pueblo peruano en la región andina contra la ocupación extranjera del territorio peruano. Líder indiscutible de esta resistencia fue el general Cáceres. Para comprender su liderazgo se hace necesario conocer al hombre y al soldado.

Cáceres había nacido y crecido en el corazón de los Andes, en el departamento de Ayacucho. Físicamente encarnaba la fortaleza física y moral del hombre peruano y para la guerra en los Andes tenía condiciones innatas. Su salud robusta le permitía resistir las incesantes marchas y surcar grandes distancias a través de la Cordillera, el desierto, quebradas y barrancos. Su carácter frugal y tenaz lo capacitaba para sobrellevar las escasez y las privaciones. En campaña su rancho, que compartía con la tropa, casi siempre se componía de cancha (maíz seco tostado), mote (maíz blanco cocido), charqui (carne de llama seca y salada) y chuño

(papa deshidratada). Demostraba así su capacidad de adaptación y empleo de los recursos que las regiones pueden brindar a los ejércitos.

El hombre y el terreno estaban plenamente identificados. Conocía todas las asperezas y obstáculos de los Andes. Sabía medir al ojo el campo de batalla, en segundos calculaba la distancia que mediaba entre un accidente geográfico y su ubicación, con especial instinto detectaba en el aire el peligro, cabalgaba con el arma vigilante y sin sueño, sabía ver por el frente, los flancos y la espalda, realizaba solo la tarea de muchos. Tal vez por virtud o por defecto, pensaba que todos poseían su fortaleza y sapiencia. De allí el sacrificio que exigía a sus soldados en las marchas. En condiciones adversas, con lluvia, nieve, sin alimento, sin abrigo, sin zapatos, atravesó los Andes a pie, en jornadas de 80 kilómetros diarios, que hubieran doblegado al más fornido de los combatientes, sino hubieran estado imbuidos de una del ejemplo de su líder que les transmitía su tenaz moral.

Ello lo acercaba a sus hombres y subordinados y garantizaba su lealtad y obediencia. Además, hablaba el idioma quechua a la perfección, por lo que la comunicación con la tropa era fluida, lo que inspiraba devoción y coraje. Cuenta el general en sus “*Memorias*”, como el hablar quechua y la lealtad de sus hombres le salvó la vida en varias ocasiones.

Su valor en el combate, su pertinaz actividad, su eficacia en el comando y su intransigencia ante el infortunio, lo llevaron a luchar no sólo contra el enemigo sino contra la escasez de recursos, con los rigores de la naturaleza, con la incompreensión de los políticos. A estas cualidades unía su ingenio. Ingenio que lo hizo idear increíbles ardidés, como vestir llamas con chullos y ponchos y colocarlas en las alturas para simular un ejército con numerosos soldados y amedrentar al

enemigo, o fingir un entierro para transportar armas.

Se convirtió así, en un gran capitán. Introdujo en la lucha lo inesperado y lo increíble. No se amilanó ante la derrota. No en vano el peligro formaba parte de su vestimenta, y el riesgo de morir se volvió cotidiano para él. Para la guerra en que estaba empeñado era obligatorio estas cualidades y otras. Era preciso reclutar hombres, instruirlos, conducirlos, conseguir armas, municiones, bayonetas, hondas, piedras. Velar por la salud y el fervor de cada uno de sus soldados, informarse de los movimientos del enemigo y de los espías.

Cuando todo parecía perdido se impuso la tarea de levantar un Ejército y emprender la resistencia armada contra el invasor, buscando la adhesión de los pueblos. Como buen táctico se propuso constituir un ejército adecuado a la campaña que pensaba emprender. No tuvo duda del triunfo, y por lo menos pensaba conseguir ventajas militares para negociar una paz aceptable y honrosa. En su opinión debía ejecutar una guerra en pequeño o de guerrillas y la estrategia del desgaste.

La primera le proporcionaría el tiempo necesario para formar e instruir a las tropas. Una vez que éstas hubieran adquirido fuerza y regularidad, adoptaría una defensa móvil y activa dentro del marco de una estrategia de desgaste, hasta alcanzar la fuerza indispensable para iniciar una vigorosa contraofensiva. Su objetivo esa desgastar y agotar al enemigo en la Sierra Central combinando la resistencia y el contraataque.

La guerra de guerrillas era ancestral en el mundo andino. Las huestes de Manco Inca las emplearon en el siglo XVI, para atacar a los españoles, durante el cerco a la mítica ciudad del Cuzco. Las empleó también Túpac Amaru en el siglo XVIII, cuando inició su guerra contra el ejército virreinal. Durante la guerra de independencia, tanto San Martín como Bolívar les concedieron importancia y las aprovecharon. Incluso en 1822, se editó un *Reglamento de Guerrilla*. Los españoles también las usaron y en sus reglamentos se puede leer que la guerrilla formaba “desde la línea o desde la columna. . .” Cáceres rescató la tradición andina y la europea y las adaptó a nuestra realidad social y geográfica y a las necesidades de la guerra y del enemigo que debía enfrentar.

En la composición orgánica de la infantería del siglo XIX, los batallones tenían una compañía denominada de guerrillas, formada por tropas ligeras y que en el combate se empeñaban en orden disperso. Los diccionarios militares de inicios del siglo XIX, dicen que guerrillas “partidas de caballería o infantería ligera que formaban en la vanguardia y cumplían misiones de reconocimiento del terreno y de las posiciones del enemigo, para incomodarlo y perseguirlo”.

Hasta fines del siglo XIX los ejércitos europeos emplearon organizaciones especiales con tales objetos

y las llamaron *partidas sueltas*, eran pequeños destacamentos al mando de un oficial. También se llamaba *guerrilla* a las pequeñas fracciones de tropa cuya misión era de explorar de lejos los flancos del propio ejército, proteger sus operaciones. Pero en el lenguaje popular, se llamaba guerrillas a la partida de paisanos armados (hombres, mujeres y niños) que al mando de un jefe particular y que con poca o ninguna dependencia del ejército regular sorprende, acosa e incomoda permanentemente al enemigo.

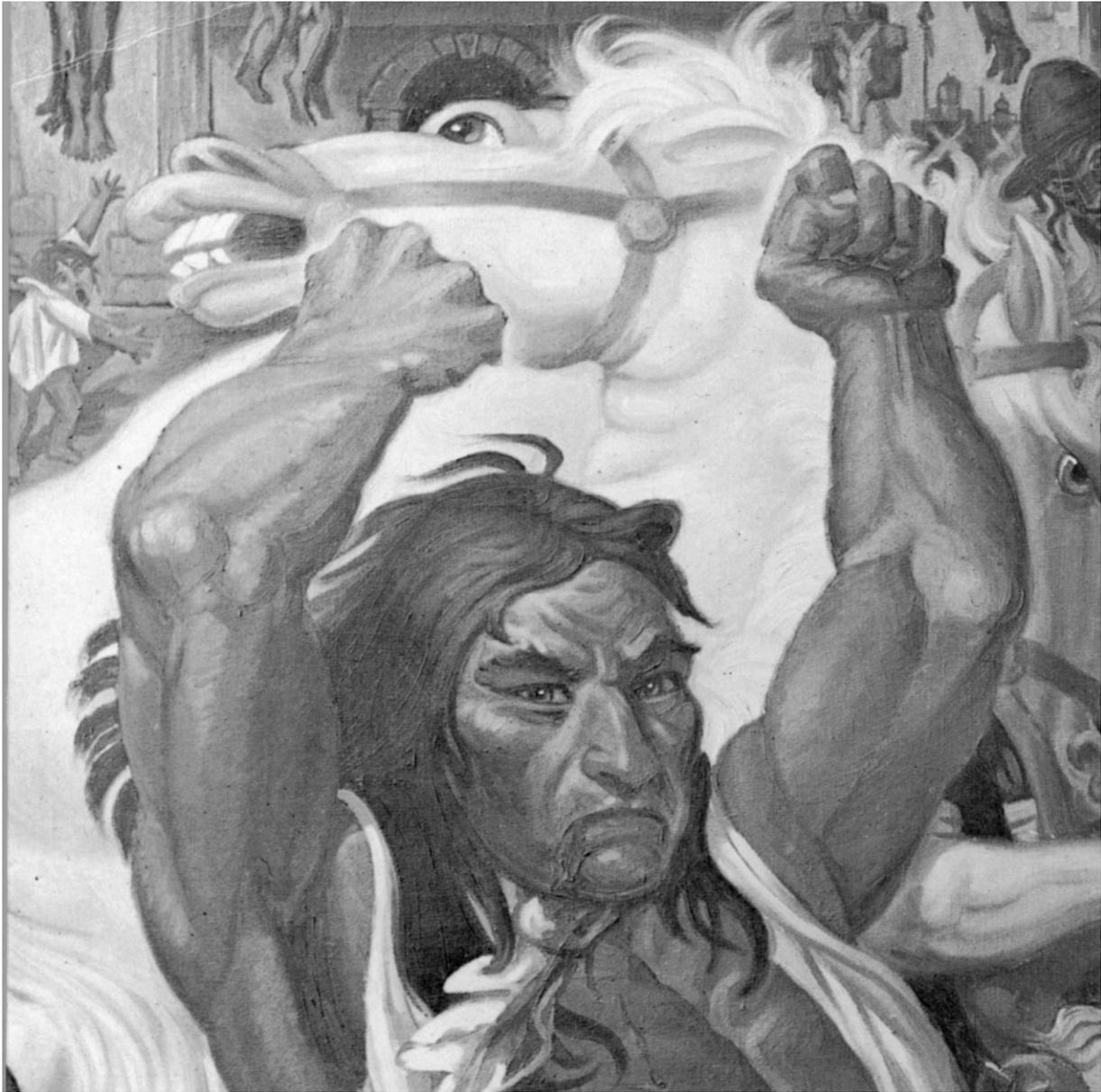
Según el Teniente Coronel Julio Guerrero, quien se desempeñó como secretario del mariscal Cáceres, “esta modalidad se aplica a las guerras donde una de las fuerzas opositoras es superior en número y organización, pero el otro conoce mejor el territorio y se halla en aptitud autónoma para la lid”. El terreno se convierte, así, en un factor determinante del ataque y la defensa. Es decir que el primero tiene un ejército regular y ataca de frente, en el segundo el hombre es más guerrero y está al acecho del momento oportuno para caer sobre el adversario.

En este tipo de acciones se elude el combate, sólo se agota, desgasta y desmoraliza al enemigo, se le obliga a fraccionarse. Es la guerra del débil contra el fuerte. Las fuerzas guerrilleros no forman orgánicamente parte del ejército regular. Pero en el transcurso de las operaciones se van transformando gradualmente en fuerzas regulares, y actúan en conexión y coordinación con el ejército regular.

La estrategia del desgaste consiste en cansar y extenuar al enemigo con el fin de debilitar su voluntad y su capacidad combativa. Lo cual se consigue cuanto más se prolonga la guerra, llegando el enemigo a frenar su ataque e incluso paralizar su acción. Esta forma de conducción compensa la propia debilidad y disminuye la desproporción numérica y logística entre los ejércitos. La retirada aplicada oportunamente, es también un recurso en este tipo de conducción. Pero el agotamiento del enemigo no es suficiente para llevar a un enemigo potente a la derrota.

Cáceres, conocedor de los secretos del arte de la guerra aplicó estas dos nociones durante la Campaña de la Breña. Es así como al iniciar la organización de la resistencia, sobre la base de una sencilla preparación psicológica y un adecuado entrenamiento, movilizó dos clases de fuerzas: el ejército regular y las guerrillas organizadas con pobladores de las aldeas y caseríos de la Sierra de Lima y Junín. Las guerrillas debían operar en la región de la cual procedían sus integrantes, porque tenían un detallado conocimiento del terreno para aplicar la sorpresa y obtener amparo y recursos.

Para la instrucción de las guerrillas envió oficiales idóneos para llegar al corazón de los campesinos. Con viriles arengas pronunciadas en plazas públicas y aún



Túpac Amaru, Oleo por Etna Velarde (Pinacoteca de la Municipalidad de Miraflores, Lima)

domicilios particulares, ya sean en quechua o en español, Cáceres logró identificar la guerra contra los invasores, con la defensa del hogar y la tierra. Igualmente se tuvo en consideración que la instrucción no debía interferir con las labores de labranza de los campesinos.

En cuanto a las fuerzas regulares, es necesario destacar la constancia del general Cáceres, quien venciendo obstáculos de toda índole inició, en abril de 1881, la formación del Ejército de la Resistencia con 16 soldados convalecientes. En agosto de ese año tenía conformado un pequeño ejército con elementos de las tres armas y servicios. Con donativos y requisas logró juntar armamento, caballos, vestuario para armar y equipar

a este ejército. Respecto a su instrucción, Cáceres personalmente se ocupó de esta tarea, pues los oficiales y la tropa debían adaptarse a un sistema de guerra no convencional, de guerra de montaña andina como también la llamó. Para esta instrucción no había manuales ni reglamentos, era la capacidad e idoneidad del jefe la que debía guiarla, para inculcar en sus hombres la iniciativa, la versatilidad, la sorpresa, la acción rápida, la precisa evaluación y el aprovechamiento de las circunstancias.

Conforme avanzaba la organización del ejército regular y se incrementaba el efectivo se iniciaron las operaciones bélicas. Mediante movimientos estratégicos

e ingeniosas estratagemas, infringió duras derrotas a sus adversarios y los mantuvo en jaque por tres años. Las victorias de Sangrar, Pucará, Marcavalle y Concepción, son fruto de estas acciones.

Pronto se supo en todo el país que el general Cáceres había derrotado al enemigo, que actuaba con tanta fluidez que parecía estar presente en todas partes y cuando se le creía destruido resurgía con un nuevo ejército y atacaba de nuevo. Nació el mito, se le llamó el “Brujo de los Andes”. Pero pese a los triunfos no admitió el reposo, continuó su labor organizativa y de propaganda. No admitió los llamados de aquellos que, desde el norte del país, pedían reconocer la derrota y negociar la paz. Se mantuvo altivo y expectante, estaba seguro que se podía negociar una paz sin cesión territorial.

El enemigo comprendió que para lograr sus objetivos tenía que derrotarlo a cualquier precio por lo tanto fueron destacadas tres divisiones para atacarlo. Le cortaron las vías de retirada. Cáceres en Tarma, reunió una junta de guerra, con la cual acordó marchar al norte con el Ejército de Resistencia, con el propósito de consolidar la unidad nacional. La marcha fue difícil y el enemigo lo cercaba por el norte, el sur y el oeste. Por el este la cordillera le cerraba el paso. En estas circunstancias tomó una decisión y recurrió, como él dice en sus “Memorias”, “a la clásica maniobra por líneas interiores”, tramontando la cordillera Blanca (20.000 pies sobre el nivel del mar) para retirarse a la vertiente oriental de la cordillera, pero tuvo que prescindir de las guerrillas. Esta acción constituye una de las más grandes hazañas cumplidas por los soldados peruanos. Los obstáculos que tuvieron que vencer, la altura de las montañas, y las condiciones materiales en que se realizó la marcha, sólo pudieron vencerse por la fuerte convicción del guía y la moral de los hombres que los seguía. Este es el mejor ejemplo de liderazgo.

Luego de vencer la cordillera y evadir al enemigo, Cáceres tomó la decisión de enfrentarlo. La marcha produjo numerosas bajas. En estas circunstancias Cáceres lamentó la ausencia de guerrilleros. En Tres Ríos reunió una Junta de Guerra tomaron la decisión de marchar a Huamachuco y tomar posiciones de ataque.

El de julio de 1883, se dio la batalla. La victoria parecía sonreír la justa reivindicación de los peruanos.

Pero la suerte se alteró porque a los peruanos se les acabaron las municiones. Cáceres arengó a sus hombres, pero la victoria le fue esquiva. A punto de caer prisionero pudo alejarse rápidamente gracias a la agilidad de su caballo al que el general llamaba cariñosamente “El Elegante”, y una vez alejado de ese escenario “fijó en su recuerdo las heroicas acciones de sus hombres, se inclinó sobre el cuello de su caballo, y en silencio se dolió de aquella adversidad”.

Quedó así demostrado que en el enfrentamiento de los dos ejércitos, el más fuerte debía imponerse. Según Cáceres una de las causas de la derrota fue la falta de guerrillas. En Huamachuco llegó a su fin la porfiada resistencia de la Breña. Cáceres no se dio por vencido. Recuperó el ánimo y confiado en el destino histórico de su país, formó un nuevo ejército, con soldados que mostraban el mismo ardor de su jefe, porque Cáceres no sólo era un guerrero sino un sentimiento nuevo, una conciencia vigilante, un nuevo símbolo, era el héroe de la vida no de la muerte, que quería negociar un paz de pie.

Altivo se mantuvo en pie de guerra, pero comprendió que la paz era un hecho consumado. En 1886 fue electo Presidente Constitucional y le cupo la difícil tarea de dirigir la reconstrucción nacional, poniendo en eso todo su empeño como lo hizo en la Breña. Demostró que todos los actos de su vida fueron intachables, pues ellos se fundaron en el conocimiento y práctica del bien. Sus virtudes constituyen la característica de todo hombre noble y su moral es permanente ejemplo de acción social y altruismo. En la Campaña de la Breña, demostró el valor de estas lecciones, como gran conductor, enseñó a sus hombres que el supremo deber del soldado es luchar por defender el honor nacional a cualquier precio.

Hasta el final de su vida supo mantener la austeridad cabal, y concitó el respeto que sólo concitan los personajes bienhechores. Fue honrado con el bastón de mariscal, en mérito a su destacada actuación militar. Sus últimos días los vivió en paz consigo mismo, falleciendo apaciblemente el 10 de octubre de 1923 e inscribiendo su nombre en la inmortalidad. **MR**

Lourdes Rosario Medina Montoya es una historiadora licenciada en historia, graduada en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, también cursó estudios de periodismo en la Pontificia Universidad Católica del Perú. En la actualidad se desempeña como historiadora en la Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú y es docente en la Escuela de Oficiales de la Fuerza Aérea del Perú. Ha participado en diversos proyectos de investigación sobre Historia Militar y ha publicado entre otras obras, el Tomo V, Volumen 2 de la Historia General del Ejército del Perú: “El Ejército en el siglo XIX: Logística”; “El Ejército Unido a la Historia”; y es coautora del “Compendio de la Historia General del Ejército del Perú”.